

CHRISTIAN FLÈCHE

Nuestros males
son nuestra
HISTORIA



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Salud y Vida natural

NUESTROS MALES SON NUESTRA HISTORIA

Christian Flèche

1.^a edición: febrero de 2025

Título original: *Nos maux sont notre histoire*

Traducción: *Susana Cantero*

Maquetación: *Marga Benavides*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2023, Leduc Éditions, 76 Boulevard Pasteur, 78015, París, Francia
Derechos de traducción del castellano negociados a través de Abiali Afidi Ag.
(Reservados todos los derechos)
© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25 Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-250-6
D P B 22390-2024

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Dedicatoria para tus padres	7
PRÓLOGO. Unas cuantas memorias impersonales.	9
TRES EXPERIENCIAS INAUGURALES	11
Primera parte: tengo 3 años	12
Segunda parte: tengo 23 años	13
Tercera parte: tengo 35 años	15
EL TIEMPO DE LOS IMPREVISTOS	17
¿Quién decide?	17
¿Marginado por elección o por obligación?	33
L'accouchement de l'océan	48
Viajes en el tiempo y en el espacio	53
Disponible para todos los vientos	68
De la locura al arte	78
Del arte a la terapia.	93
EL TIEMPO DE LOS ENCUENTROS	109
Todo comenzó con el útero de mi madre	109
Uno de mis maestros se llama el principio de sincronidad.	112
¿La fe o la confianza? No, la gratitud.	116
La entrada en el universo de la medicina no convencional.	117
El instante de la creación de la decodificación biológica	131

Erickson	134
Marc Fréchet	145
La intensidad, ¡nada más, mi querido amigo!	149
Esos encuentros que cambian el curso de nuestra vida . . .	150
Pero ¿qué es lo que hace eficaz la terapia?	163
 EL TIEMPO DE LOS CUESTIONAMIENTOS	 167
Elige: ¡Someterte, huir o seducir!	168
Crear es una pulsión	169
¿Digo que sí? ¿O no sé decir que no?	170
Un viaje hacia mi infancia.	171
 LA CREACIÓN DE LA ESCUELA.	 179
Buscando un padre, encontré maestros	181
Lo único constante es el cambio	183
Los secretos de la vida.	185
Nuevo rumbo hacia mis convicciones	189
Descodificación biológica evolutiva	197
Philippe Lévy, una segunda mirada para llegar más lejos	199
¿Qué he aprendido?	202
 EPÍLOGO	 207
GRATITUD.	209
BIBLIOGRAFÍA	211

DEDICATORIA

Para tus padres

Dedico este libro a tu padre, tu creador, ese gran desconocido; a tu madre, tu creadora, esa gran desconocida, y a los míos, por el mismo motivo.

Se lo dedico igualmente a tus padres y madres simbólicos, a tus padres y madres espirituales, a tus padres y madres metafóricos, a tus padres y madres afectivos, a todas las transposiciones de padres que se han cruzado, se cruzan y se cruzarán en tu camino para tu edificación y tu florecimiento.

Pero, sobre todo, a tu padre interior, el que eres tú para ti mismo; a tu madre interior, la que eres tú para ti mismo. Esos que, desde siempre, te cuidan, de la manera más noble y más amorosa que hay, desde tu concepción, sin que tú lo sepas ni lo hayas sabido jamás.

¡Sí! Contéplate en el vientre de tu madre. ¡Sí! Admírate en el vientre de esa mujer con un hombre a su lado.

Mírate a través de tus ojos de madre y de padre, con amor, durante ese tiempo acuático. Acógete en ese momento crucial, entre todos, cuando por primera vez ves la luz y la luz te acoge igualmente. Abraza a ese bebé, acarícialo, háblale de tu amor, de tu alegría y de la confianza que tienes tanto en su futuro como en sus talentos. Guía su mano cuando, por primera vez, garabatea su nombre en letras de oro sobre un pergamino de nieve.

Transmítele tu sentido común, tu sabiduría, al igual que un guía, cuando avanza por la intrincada selva de su adolescencia. Ofrécele el fuego frío y caliente, el fuego del conocimiento y el fuego del amor. Con lo que sabes hoy, permítele extraer una lección de cada experien-

cia, echar mano de todos los medios de los que disponga y tener disponibles múltiples recursos. Permítele que fertilice todos sus dones, que se convierta en compañero de la vida y que sienta ese increíble privilegio de poseer un cuerpo y no a la inversa, ser uno poseído por su cuerpo.

Finalmente, en cada etapa de tu camino de conciencia, haz todo lo que tu corazón te diga que hagas o que no hagas, no escuches ninguna otra cosa más que a tu corazón. Sea cual sea tu edad hoy, tú lo has atravesado todo, todas esas cosas que hicieron tropezar a otros.

PRÓLOGO

Unas cuantas memorias impersonales

Escribir este libro, volverme hacia mi pasado, dejar que se despierten en mí recuerdos diferentes de los que se trabajaron en terapia, es una experiencia que no me esperaba. De verdad que no. Durante la terapia, los acontecimientos que vamos a buscar, mayoritariamente, son los traumáticos. Aquí, para la redacción de este libro, de lo que se trata es de ir hacia los acontecimientos que tuvieron sentido (da lo mismo: positivo, neutro o negativo) y que orientaron mi vida hasta llegar a la creación de la descodificación biológica de las enfermedades.

Al dejar que afloren todos esos momentos que descuellan en el paisaje pasado, constato que son ellos los que han creado el ser humano que soy hoy. Es evidente que si hubiera pasado por otras experiencias, no estaría en la casa que ocupo, no ejercería la profesión que es la mía, no tendría a esta mujer a mi lado. Se trataría de otra historia, de otro hombre, de otra vida con otras enfermedades. ¿Tendría, incluso, los hijos que tengo? Seguramente no.

Estando en un concierto de David Crosby en el Olympia de París, le oigo presentar su nueva canción:

«Esta canción habla de mí. Si vosotros hubierais tenido mi vida, la habríais escrito vosotros. Espero que os guste tanto como me gusta a mí».

... Yo creé la descodificación biológica. Si vosotros hubierais tenido mi vida, mi pasado, mis experiencias, mis padres, la habríais creado vosotros...

El ser humano que soy, con el estado de conciencia de hoy y sus actividades, sus creencias y sus conductas, es consecuente con todos sus acontecimientos pasados y está determinado por ellos. Se me muestra como algo evidente que tal drama, tal gozo o tal encuentro me empujaron hacia tal o tal otra dirección. ¿Quiénes somos nosotros sin la historia? Nadie. Nada. La historia determina y predetermina el sentido que tenemos de nosotros mismos. ¿Qué queda fuera de la historia?

He aquí mi vida, mi historia, *mis memorias impersonales*.

Emociones, pensamientos, actos.

Emociones, pensamientos, actos. ¿Define eso quién eres realmente? No. ¿Por qué?

Porque nadie decide sentir una emoción o no sentirla. Si ése fuera el caso, ¿quién, entre nosotros, decidiría sentir la desesperación, la rabia, el terror, el odio o el dolor? ¡Yo no!

Elegiríamos experimentar, presumo, la serenidad, la alegría, la ternura, la diversión o la relajación, por ejemplo.

Asimismo, no podemos decidir pensar en tal cosa o no pensar en ella.

Prueba, a ver: decide ahora tu próximo pensamiento...

¿Somos realmente y siempre nosotros mismos quienes decidimos hacer o no hacer tal cosa? Eso se decide solo, se decide en el interior de ti, de mí.

Sí podemos, no obstante, decidir hacernos conscientes.

TRES EXPERIENCIAS INAUGURALES

*«Ahí donde estuvo ausente el amor,
ahí aparece el sufrimiento».*

Ciertas experiencias de nuestra vida no tienen aparentemente ningún punto en común. A veces, incluso, tienen lugar con lustros de intervalo, diez, veinte años. No obstante, cuando las colocamos bajo una misma mirada, el hacerlo provoca en nosotros algo nuevo: la aparición de un sentido que estaba oculto para nosotros. Un momento de nuestra vida se ilumina con un sentido que, aun estando presente, estaba escondido para nuestro entendimiento.

Esto es cierto en lo que atañe a nuestras enfermedades y nuestras dificultades: en presencia de un drama pasado, casual, se iluminan de modo natural, adquiriendo sentido. Se muestran, con evidencia, como resultado de aquel. «Estoy sordo desde que me gritaron con desprecio».

Así, cada una de nuestras dolencias, más que hablar de nuestra historia, es nuestra historia encarcelada en la materia del cuerpo. Esto fue lo que me reveló a mí la descodificación biológica. Esto es lo que les ofrece a cada mujer y a cada hombre que sean aventureros de sus propias profundidades.

Otro tanto ocurre con los acontecimientos positivos; los tres acontecimientos que vais a leer, cuando se yuxtaponen, revelan el mismo deseo, la misma pulsión: «¿Qué es lo que está oculto y hace posible lo que vemos?, ¿lo que vivimos?, ¿lo que padecemos?...».

Primera parte: tengo 3 años

Qué cariño le tengo ya a mi nuevo peluche. Un tierno osito. Date cuenta: habla. No me creo lo que oyen mis oídos. Mi alegría, por oleadas, revienta, ligera, chispeante. Mi alegría me cosquillea el interior, risueño. Procuro reproducir ese sonido que se escapa de él. Comprendo rápidamente cómo provocar ese ruido, su voz que me habla a mí, basta con girarlo: boca arriba, boca abajo, boca arriba, boca abajo, ¡pero no muy deprisa! Sí, moverlo con suavidad; qué gracioso. Ya no lo suelto. Sí, eso es ya el instinto de la propiedad. Es mío, es mi amigo. ¡Un pedazo de mí que estoy viendo!

Podría muy bien continuar así mi juego, quedarme satisfecho, pero no, yo quiero explorar hasta más lejos. Necesito descubrir de dónde viene su voz, el sonido. Hace unos días vi a mamá con una cosa útil para ahora. Estaba cortando tela con la cosa esa. Voy a buscarla, está en la cocina en sus tareas y me presta sus tijeras sonriente. Entonces, con paciencia, yo voy cortando, como ella me indica, el hilo de costura de mi nuevo amigo marroncito, suavecito. Y, como una explosión lenta, de su herida sale una floración de algodón. ¡Qué felicidad! Qué éxtasis, cuando eso ocurre por primera vez. Esa cosa blanca guatada, ¿qué es? Eso blanco y sedoso de lo que está relleno el osito. Mamá se maravilla de que yo me maraville, pero lo que yo estoy buscando no es eso blanco. No me detengo en el algodón, que tal vez habría satisfecho a más de uno. El ruido, su voz... Por fin aparece una caja roja taladrada con agujeros.

Me estoy acercando al misterio, lo percibo. Estoy contento, pronto voy a saber. La caja redonda que tengo en mi mano rosa gira cien veces con el mismo efecto sonoro, yo río y río. Vacilo. ¿La abro para comprender de dónde viene ese ruido? Tengo la intuición de que, al hacerlo, ya no funcionará nunca más. Un poco frustrado, la vuelvo a colocar en el vientre de mi nuevo amigo y le pido a mamá que lo vuelva a coser.

—Mamá, ¿le puedes fabricar también una camisa blanca?

—Sí... Ya está.

—Me gustaría escribir su nombre con hilo.

—¿Y cuál? me pregunta mamá.

—Doctor Osito.

Lo cual queda bordado rápidamente y me alza a mí al colmo del orgullo.

Segunda parte: tengo 23 años

Una vida sin curiosidad y sin maravillarse es de un aburrimiento mortal. ¿Es realmente una vida?

Pasan veinte años, llevo puesta una bata azul en el quirófano de la Clinique Provençale de Aix-En-Provence. El doctor Ganascia, urólogo, vino hace un mes a reclutarme en la escuela, ¡antes incluso de obtener yo el título de enfermero! El osito está olvidado, pero algo de lo que había en ese modo de relación ha perdurado hasta ahora. En ese quirófano, estoy sujetando unos separadores. Las tijeras de costura se han transformado en bisturí, y yo estoy frente al misterio de los misterios: la Vida.

Al iniciar mi carrera sanitaria, tengo la legítima ingenuidad de creer que voy a conocer personas interesantes, generosas, buenas y deseosas de socorrer, prestar cuidados, sanar, aliviar... ¡Evidentemente! Sin embargo, no me espera nada de todo eso. Me encontraré con veterinarios que detestan a los animales, con abogados que no se interesan por la verdad, con médicos que tienen miedo a las relaciones humanas... Amarga desilusión.

De modo que, desde aquel día, tan sólo me interesarán los pacientes: ellos sí que hablan con verdad. Con el tiempo, descubriré que la proximidad de la muerte, la presencia del sufrimiento y el descubrimiento de la propia fragilidad son los que hacen más fácil que afloren el «ser auténtico» y la capacidad de no mentirse uno más a sí mismo. El miedo hace caer las máscaras. Un médico que ha estado enfermo, en lo sucesivo no volverá a ser el mismo con sus pacientes; ya no estará dissociado y podrá entrar en relación.

Aquí estoy, inclinado entre dos universos: ¡el visible y el invisible!

En el corazón de ese quirófano, bajo la luz viva y cruda de las lámparas cialíticas, se expone el misterio infinito; el milagro de la vida está ahí, ofrecido a quien desee verlo a través de esa ventana de carne. Me veo como alguien infinitamente privilegiado por poder mantenerme

inclinado por encima del misterio hacia el que han caminado errantes, frustrados, tantos seres antes que yo: místicos, científicos, artistas, filósofos, religiosos, astrónomos... Tantas mujeres y hombres, desde la Antigüedad, en busca de la clave. Sí, no tengo palabras para describir mi experiencia. Podría decirse que veo sangre y grasa cuyos colores se realzan bajo la luz blanca. Pero, en realidad, no se trata de eso.

Muy al contrario, me arrebata un vértigo, igual que alcanzar la cima de una montaña y de un golpe, de un solo golpe, encontrarse uno frente al infinito del mundo que se extiende por todos lados, perfecto en cada uno de sus detalles.

No, verdaderamente no conozco ninguna palabra que contenga ni una parte, siquiera ínfima, de esa experiencia: ¿vida, gracia, Dios, perfección, absoluto, inaudito?

No, nada de todo eso. Tengo la intuición de no estar percibiendo más que el vestíbulo, la antecámara de este misterio. Cada descubrimiento alimenta nuestra soberbia, nos da la ilusión de comprender, peor, ¡de saber! Luego, el instante de después nos vuelve a situar frente al inefable e inconmensurable misterio. ¿Cómo podemos creer que hemos penetrado ese misterio? ¿Cómo podemos creer que lo penetramos algún día? ¡Qué locura! ¡Qué arrogancia! ¡Qué tontería!

De manera paradójica, para el hombre honrado, cada nuevo descubrimiento pone en evidencia la amplitud de su ignorancia.

Pero ¡qué bonito es eso! Esa contemplación que no busca elucidar, dominar o poseer. Al igual que el contemplativo frente a la puesta del Sol, en cuya luz vuelan cintas de estorninos, la primera vez que nada un niño, o incluso la eclosión de una mariposa, de una rosa, de un polluelo.

Después de todo, tengo 23 años. Soy enfermero de quirófano. No busco nada. No busco ni comprender ni pensar. Simplemente, veo. Veo el interior de ese hombre al que he conocido por primera vez hace unos días.

Vemos tan poco del otro. La fina película de la piel en algunas zonas, rostro, manos, cuello. El resto: ropa, la cultura del momento.

¿Nuestras palabras? Dicen tan poco de nosotros; unas cuantas convenciones, lo que tiene que oír el otro para que yo me sienta en relación.

Esa fascinación continúa acompañándome en ese quirófano durante nueve meses. Pero estoy cansado de ese ambiente médico, no me siento a gusto, este universo no es el mío.

Prefiero escuchar a esa anciana aturdida de placer contándome que han venido sus nietos, a esa muchacha que habla de su primer novio, a esa adolescente que rememora sus escapadas y sus sueños en juncos orientales, a ese anciano viticultor tan sincero que me habla de su descubrimiento de la Coca-Cola. Desde ese momento, ya no bebe vino, «¡la Coca está por encima de todo!».

Sé desde siempre que cada ser humano es un universo entero, es decir, único, diferente, con un increíble tesoro escondido. Sobre eso no tengo duda alguna. Pero a los que se creen ricos no los soporto. No puedo seguir trabajando más entre sus conversaciones, me ahogan y me aburren. Presento mi dimisión.

Tercera parte: tengo 35 años

Pasan volando doce años, aquí estoy frente a una mujer joven diagnosticada de esclerosis múltiple. Viene de Nevers, su hermano es amigo del mío. Viene para curarse, no por otra cosa, quiere intentarlo todo.

—¿Desde cuándo están presentes tus síntomas?

—Tres años.

—¿Se produjo alguna contrariedad motora? ¿Te has sentido tiromeada entre dos movimientos? ¿Ir a la derecha e ir a la izquierda? ¿Sabes?, es algo así como si tu cerebro diera dos órdenes contrarias.

Para ayudarla no a comprender esto, sino a sentirlo en ella, le ordeno con vehemencia que se levante. Empieza a hacerlo e, inmediatamente, con la misma voz imperiosa: «No, no, siéntate».

Cosa que ella hace, pero inmediatamente la interrumpo:

«Pero si te he dicho que te levantes».

Capta inmediatamente de lo que estoy hablando.

Eso es, dos órdenes contrarias con la misma intensidad, la misma orden: levántate, siéntate.

«¡Sí, por supuesto!» empieza a decir... La emoción ya le asoma al rostro. «Me... Me...».

De pronto, me doy cuenta de que me va a confiar una palabra que no ha compartido nunca con nadie, y eso es lo único que me interesa.

«Estoy enamorada de un hombre casado. Soy feliz y a la vez estoy frustrada. Solo podemos estar juntos los martes y los jueves por la tarde, a veces también los domingos por la mañana, porque él le dice a su mujer que va a los entrenamientos de tenis. Y el resto del tiempo, yo estoy sola esperándole. Soy joven, estoy desperdiciando mi vida. Tengo un trabajillo, sé que en París tendría un trabajo estupendo. Me realizaría. Como dices tú, una parte de mí quiere ir hacia él y la otra hacia París.

—Así, en síntesis, y si te estoy entendiendo bien, tus músculos reciben dos órdenes contrarias, opuestas, y por supuesto no pueden acatarlas al mismo tiempo. Eso es, para mí, en mi manera de trabajar, lo que quizá ha provocado tu enfermedad motora, la esclerosis múltiple.

En efecto, ella está sometida a una doble coerción: si me voy a París, me alejo de él, y le quiero y voy a sufrir, le voy a echar de menos. / Si me quedo donde estoy, desperdicio mi vida.

Pasan unas semanas y su hermano le cuenta al mío:

«Ha dicho el neurólogo que estaba curada, que ya no necesitaba sus tratamientos». ¡Sorpresa!

Me entero de que le ha dado un ultimátum a su amante: «O haces tu vida conmigo, o te dejo. Prefiero sufrir un gran golpe, asumir el riesgo de ser infeliz por algún tiempo mejor que estar constantemente cortada en dos y sufrir durante toda mi vida».

Ella sabe muy bien que, sea cual sea la decisión que tome ese hombre, dejará de estar en ese estrés permanente, el estrés motor. Se unificará: estará totalmente consigo misma, ya sea con él o en París.

Ya no recuerdo qué decisión tomó él, pero sí sé que ella se curó.

Abrir el vientre de mi osito, el de los pacientes en el quirófano, encontrar en la historia inconsciente el origen oculto y probable de una enfermedad... La misma búsqueda, el mismo camino de explorador que transforma todo misterio en fascinación maravillada.

EL TIEMPO DE LOS IMPREVISTOS

Los veinte primeros años de nuestra vida, por lo menos, son los más ricos en experiencias imprevistas, nuevas. ¿Se debe esto a nuestra disponibilidad, a nuestra lozanía? Sea como fuere, ciertos acontecimientos que pueden parecer anodinos para los demás, y que a veces no duran más que cinco minutos, se convertirán en determinantes, fundadores, estructurantes para todo el resto de nuestra vida y quizá incluso para nuestras vidas siguientes.

Así, nuestro día a día, nuestro hoy, es heredero directo de experiencias olvidadas, tan numerosas como otras tantas piezas de puzle que fueron creadas en diferentes edades de nuestra vida... para que por fin un día, tomando distancia, contemplemos su belleza única, su unidad y su origen.

¿Quién decide?

Tengo 15 años, no sé muy bien hacia qué rama profesional dirigirme. Al parecer, tengo la edad de decidir mi porvenir.

¿El futuro? Me importa un bledo, lo único que cuenta es el presente y lo que voy a hacer con mis colegas este fin de semana.

¿El futuro? Haciendo un gran esfuerzo, consigo proyectar ante mí el verano próximo, y eso también está muy difuso.

Lo que me parece realmente un despropósito es pensar en mi jubilación. Es que me río a carcajada limpia con eso.

La hora de la siesta, tibia e indolente, apacible, casi inmóvil, nos hace sitio en su nido: somos mi hermano mayor y único, Alain, y dos amigos suyos, Bill Loffabu y Toit-de-chaume.

Encontrar un oficio para mí es el tema del momento, es mi preocupación esencial, con el fin de evitar trabajar en la carpintería con mi padre; eso sería el horror de verdad.

«Realmente no sé en absoluto lo que me apetece hacer más tarde. No tengo ninguna idea y, no obstante, ¡tengo que decidir hoy lo que van a ser todos mis hoy por venir!... Duro duro».

Les cuento: «Un consejero de orientación me ha dicho que él me veía de medidor de cubicación. Por lo que comprendí, se trata de calcular los volúmenes de cemento y de arena necesarios para construir una casa. Todo esto, porque le dije que me gustaba mucho estar fuera. Ese trabajo no me dice nada».

Uno de los amigos de mi hermano reacciona inmediatamente: «Mi hermano es enfermero, siempre está seguro de encontrar curro».

En ese segundo muy preciso fue cuando se tomó mi decisión en mi interior. Una evidencia:

«Pues me voy a presentar al examen de ingreso a la escuela de enfermería. Hecho, ya he encontrado mi camino».

¡Error! Quien eligió esa profesión fue mi inconsciente. Más concretamente, una de mis antepasadas, años más tarde lo descubriré; esto incluso tiene nombre: la reparación transgeneracional.

Clémentine, mi bisabuela, tiene a uno de sus hijos, Marcel, aquejado de rubeola. Yo desconozco la causa, pero más tarde me contarán que no vino a ayudarla ningún enfermero o médico. El niño muere. Ella no consigue hacer el duelo de su hijo.

Su hija, mi abuela materna, ¿estará buscando resucitarlo en parte en el nombre de sus hijos? Marcel empieza con dos letras, «Ma», que significan la posesión.¹ Sus hijos se llamarán sucesivamente **Madeleine**, mi madre, **Michel** (el excluido de la familia), **Jean-Marc**, **Maryse**, **Marie-José**, e incluso su marido se llama **Maurice**.

1. «Ma» es, efectivamente, uno de los adjetivos posesivos del francés. (*N. de la T.*)

Ojalá hubiera venido un enfermero, o mejor aún, Cristo para resucitarlo, como está incluido mi nombre de pila, Christian: el salvador.

Mi presunta decisión profesional es en realidad una no-elección. La única verdad es que yo, en ese momento, me hago consciente de la decisión tomada por mí hace mucho, muchísimo tiempo.

En efecto, es erróneo decir «Yo decido». Más acertado sería admitir: «Soy consciente de esta decisión, de esta elección que aparece en mí. Pero se trata de una decisión de otro tiempo. Es la historia la que ha tomado la decisión por mí antes que yo, antes incluso de mi nacimiento».

En el momento de nuestra concepción, se nos entrega un sobre lacrado que nosotros aceptamos sin abrirlo, sin saber lo que contiene, sin conocer nuestro papel, el que seguiremos literalmente durante toda nuestra vida. ¡Asombroso! Firmamos un contrato sin leerlo...

El inconsciente tiene sus leyes, su lógica, su lenguaje. Ser libre es, en primer lugar, conocer esas leyes para, después, hacerlas evolucionar. Como escribió Schopenhauer: «El hombre es ciertamente libre de hacer lo que quiere, pero no puede querer lo que quiere».

Es la historia –la historia, otra vez– la que quiere, la que decide. Jung, a su vez, afirma: «Todo aquello que no aflora a la conciencia regresa en forma de destino»; y yo me permito añadir: «... en forma de síntomas, de enfermedades y de sincronicidad».

Si aceptamos la propuesta contenida en esta frase, podemos deducir de ella: «Lo que ha aflorado a la conciencia ya no regresará en forma de destino, de síntomas, de enfermedades, de sincronicidad, de azar y de mala suerte».

El hombre es libre no de hacer o de no hacer, sino de hacerse consciente. Haciéndose consciente es como se disuelve el destino para él y en él, desaparece, se volatiliza. Deja de manifestarse en él en forma de actos, de pensamientos y de *resentires*.²

2. Mantengo el término *resentir* porque es un concepto fundamental en la decodificación biológica: una emoción grabada en el inconsciente que aflora a la conciencia con la terapia (de ahí *re-sentir*, sentir por segunda vez). A pesar de la semejanza con el español, en ningún caso implica «resentimiento», «rencor» ni nada semejante. (*N. de la T.*)

Hablando en claro, yo no decido sentir perdón, pensar positivamente, hacer algún bien o crear salud. El «creer» es un señuelo basado en el esfuerzo. Es agotador y nunca funciona durante mucho tiempo. En cambio, sí descubro, sí me hago consciente de la historia, del esquema repetitivo, del mecanismo inconsciente que genera mis emociones, pensamientos y comportamientos que me ponen enfermo.

He aquí otro ejemplo: la señora X no sale de su depresión, a pesar de todos los psicólogos a los que ha consultado. Por más que se le diga: «No llores, hay gente peor que tú, sé feliz, haz un esfuerzo...», nada sirve, ella se siente mal desde la infancia. Hasta el día en el que encuentra un instante muy preciso, durante el cual su madre le dice: «Hija mía, mi pelea es que tú salgas de esa depresión, yo sólo vivo para eso. Después, me podré morir».

«¡Entonces, si me curo mato a mi madre!», concluye su inconsciente, y mantiene vivo el problema para mantener viva a su madre. Gracias a esta consulta tomó ella conciencia de esa frase y su depresión se transformó de manera natural.

En efecto, todo lo que no ha aflorado al consciente está ahí en forma de destino o de enfermedad. Pero ¿qué es lo que no ha aflorado? ¿De qué estamos hablando? Aquí se trata de la historia, de nuestra historia familiar, ¡como la de ese instante de duelo imposible entre Clémentine y Marcel!

Parece tratarse de una de las leyes del inconsciente, una ley universal de la que no se escapa nadie. Eso es lo que yo quiero descubrir: me veo como un rastreador en busca de las leyes de la vida.

Así, ¡yo tenía que ser enfermero para salvar al hijo de Clémentine, mi bisabuela! El día en que descubro esto, decido solucionar ese trauma transgeneracional, ese duelo no cerrado, en otro espacio que no sea el de mi vida. Yo en esa época no lo sé, pero lo siento: el tiempo no existe. Así pues, le pido a un amigo médico que me recete una vacuna contra la rubeola; con la vacuna en el bolsillo, me voy a París. ¿Adónde dirigirme? Miro un plano para elegir una estación de metro: la estación Saint-Marcel, que tiene el nombre de mi tío abuelo, me parece de lo más apropiada.

En ese martes primaveral por la mañana, salgo de la boca del metro Saint-Marcel, yo, el enfermero, el hijo salvador, provisto de esa vacuna

tan esperada, con el fin de vacunar a ese niño, mi tío abuelo. Pero ¿dónde encontrarlo? Echo a andar y, enseguida, me encuentro frente a la inmensa puerta de un museo. Entro y sorpresa: ¡un museo lleno de esqueletos! Dinosaurios procedentes del pasado. En medio de todo ese pasado está escondido mi tío abuelo.

Esto lo aprenderé también con el principio de sincronicidad: todo, a nuestro alrededor, es respuesta, todo es atinado. Cuando entras en el movimiento de la vida, igual que otros se zambullen en la deliciosa agua de un río, sin oponer resistencia, el universo entero conspira contigo. Todo está en orden perfecto, puesto que está en su sitio.

En ese museo, decido, pues, vacunar a Marcel y abandonar mediante ese acto mi papel de reparador, digámoslo: de «*salvador transgeneracional*». Me dirijo hacia los grifos de los aseos y, en conciencia, mentalmente, imagino que estoy vacunando a Marcel mientras vacío la vacuna en el lavabo.

En conclusión, muchas veces confundimos el momento de toma de decisión inconsciente con el momento de toma de decisión consciente. Son dos momentos distintos. El más antiguo, la toma de decisión inconsciente, es un momento que programa y que espera pacientemente otro momento desencadenante de esa decisión. Yo lo llamo la toma de decisión consciente. Es el instante en el que ese programa baja al interior de la materia, a lo visible. Al igual que en el teatro, un hombre inventa una historia y otro la interpreta.

Quedamos transformados en actores dóciles que interpretan emociones que no son las nuestras, una vida que no es la nuestra, una pareja que no es la nuestra, un drama que no es el nuestro, una enfermedad, una profesión...

La invención de la descodificación biológica

Decir que yo *creé* la descodificación biológica no se corresponde con la realidad. Fue algo que me atravesó y sigue haciéndolo. Yo soy el espectador de lo que se desarrolla a través de mí.

¿He decidido yo algo? No, nunca. Todo lo más, he respondido «¡presente!».

Tú mismo, ¿puedes afirmarme que has creado tu vida, tu oficio, tu casa, tu pareja, o más bien los has recibido? Si eres tú el creador, ¿por

qué la mayor parte del tiempo te estás quejando? ¿Y qué estás procurando cambiar?

Por supuesto, yo no tenía ninguna premonición de que iba a crear una nueva forma de terapia breve genérica; tardé más de veinte años en darme cuenta. Fue una mañana, abrí los ojos y, no sé por qué, pero ¡me di cuenta de que había creado desde cero algo nuevo, funcional y completo! Tardé tiempo en absorber esa información. Nunca he hecho más que lo que me parecía evidente y fácil: escuchar, reflexionar, escribir, dar forma y difundirlo.

Con la perspectiva, aquel día se me apareció todo, vi lo que veían otros. Al igual que el pintor que se aleja de su lienzo y que repentinamente lo ve por primera vez: «¡Ah, no está nada mal! ¡Asombroso!».

Una mañana, miré lo que había construido: 3 años de formación, más de 300 protocolos, 25 libros, 3 CD de metáforas terapéuticas, 20 folletos de formación, he formado a más de 15 profesores especializados en descodificación biológica, con un reglamento interno, 3 niveles de validación con una estructura, cuestionarios para cada nivel: *bio-bases, conflictología, intuición y creatividad, cómo hacerse terapeuta y por qué seguir siéndolo, trastornos del comportamiento, estructura del cambio, proyecto-sentido, creencias, predicados...*

Todo este material con el fin de aprender a descodificar, a poner sentido en todas las enfermedades físicas, mentales, psiquiátricas, los oficios, los nombres de pila, los pasatiempos, el deporte, el camino místico, el lenguaje (los predicados), los gestos, los ruidos del cuerpo... para transformar los problemas en lecciones.

Nuestra libertad es descubrir que estamos programados

Si me hubieran contado todo esto en 1993, no me lo habría creído y habría salido corriendo. Fue un trabajo titánico.

Muchas veces me preguntan de dónde saco el tiempo para escribir tantas cosas. ¿En qué plano de realidad deseas una respuesta?

- Porque me complace escribir.
- Porque no tengo televisión y, por consiguiente, no pierdo el tiempo frente a informaciones que, en su mayoría, habré olvidado mañana.